

jores ornamentos. ¡Cómo negar á Dios un sacrificio que á él le traía tanto bien y era tan en favor de sus hermanos? Silvano no titubea un momento, y la franqueza con que predica á Jesucristo á la presencia de sus perseguidores, lo acredita bastante.

Fácil es comprender que quien tenía tanto cuidado de las ovejas y trabajaba en su bien con tanta dedicacion, no olvidaría á su clero, fiel coadjutor de sus labores en el cultivo de la viña. En efecto, su celo pastoral se dirige con mayor eficacia y mas anhelo á solidar la virtud y alentar la constancia de los presbíteros y demás ministros de su Iglesia, presagio acaso de lo que habia de suceder, pues el efecto probó que á la mayor parte de ellos destinaba el Señor á la gran prueba del martirio, en consorcio y union de su Pastor. Galerio Maximiano, socio de Diocleciano en el imperio, y en el odio y furor con que perseguía á los cristianos, no pudiendo sufrir que en Palestina, ilustre cuna de la Iglesia, floreciese ésta mas, mientras con mas onco se procuraba su osterminio, la hizo sentir los efectos mas terribles de su indignacion y de su rabia; y haciendo conducir á las minas de Jennes al Santo obispo Silvano con la mayor parte de su clero, despues de tentar su constancia con amenazas y tormentos, dió orden de que á todos se les decapitase. Hizose así en efecto, y Silvano tuvo la gloria y el consuelo de morir á la cabeza de sus fieles ministros, triunfando del tirano con mayor esplendor, que triunfa en la campaña un esforzado capitán á la cabeza de su ejército. Estendiose á mas el furor de los perseguidores, pues no contentos con sacrificar al Pastor y á los ministros sagrados, degollaron tambien á treinta y nueve cristianos, que aprisionados de antemano por la fé de Jesucristo, habian sido condenados á cavar en aquellas mismas minas.

JUNIO.

DIA PRIMERO.

San Pánfilo, presbítero y martir.

San Pánfilo, hombre de admirable santidad y sabiduría, como se esplica el martirologio, fué natural de Peri en la Fenicia, y sus padres eran de las familias mas ricas y distinguidas de ella. Desde niño se le observó una suma docilidad á las lecciones paternales, una tal inclinacion á la virtud, y cierto despego á las cosas mundanas, que desde entonces se anunció llegaría á ser con el tiempo uno de los mayores ornamentos de la religion católica y de su patria. En efecto, apenas salido de la infancia, y hechos los primeros estudios en su pais, pasó á la ciudad de Alejandria, donde hizo los mas grandes progresos en las ciencias, distinguiéndose especialmente en la elocuencia y humanidades. Estudió filosofia bajo la direccion del célebre San Pedro Peri, en cuya escuela no solo se supo aprovechar de los vastísimos conocimientos de su maestro, sino mucho mas de la santidad é inocencia de su vida, tanto que desde su juventud la imitó perfectamente, con particularidad su celo por la gloria de Dios, y el profundísimo desprecio á sí mismo.

Concluidos sus estudios, se estableció nuestro Santo en Cesarea de Palestina donde obtuvo los principales empleos civiles, que desempeñó con un acierto y probidad inimitables, habiéndose distinguido ademas por su ardiente caridad para con los pobres, en cuyo ensilio no solo gastaba todos sus bienes, sino que recaudaba limosnas de los hombres acandalados de aquella populosa ciudad.

Tal era la vida ejemplar de Pánfilo en el estado secular, cuando

Dios lo llamó á otro mas elevado. Conociendo la necesidad que tenian los pueblos de sabios predicadores que los instruyesen en las verdades del Evangelio, se resolvió á ser eclesiástico; y poniéndose en manos de San Agapio, obispo de Cesarea, recibió el sacerdocio y fué agregado al clero de aquella iglesia, de que en poco tiempo hizo las delicias y el ejemplo.

Dedicose con todo empeño al estudio de las sagradas escrituras y demas ciencias eclesiásticas para hacerse apto al ministerio de la predicacion; y los grandes conocimientos que adquirió, lo acreditan la formacion de la célebre biblioteca que reunió en Cesarea, las muchas obras, entre ellas las de Orígenes que copió por su misma mano, y las sabias lecciones de teología que daba al clero de Cesarea, ilustrándolo y enseñándole los dogmas y doctrinas de nuestra santa fé.

Estas eran las nobles ocupaciones de nuestro Santo, interrumpidas únicamente con las fervorosas misiones que á ciertos tiempos hacia á los idólatras cuando la persecucion al cristianismo, que habia principiado en la Palestina por el edicto de los emperadores Diocleciano y Maximiano por los años de 298 y 299, estalló con toda su furia el de 304 en que subió al trono Galerio Maximiano. Este príncipe fanático mandó á Cesarea al proconsul Urbano, hombre cruel y feroz, quien animado de todas las furias del infierno, hizo correr en torres la sangre cristiana, intentado destruir la religion del Crucificado, destruyendo totalmente á sus adoradores.

En estas críticas circunstancias, nuestro Santo fué la mas firme columna del cristianismo. Por todas partes se veia volar sin temor alguno, fortaleciendo á los flacos, animando á los tímidos, consolando á los encarcelados, y con un valor sin igual, catequizando á los mismos infieles y bautizando á los muchos que á pesar de la sangrienta persecucion, abrazaban la religion verdadera.

Noticioso Urbano de la guerra abierta que el ilustre sacerdote hacia el solo á la idolatria, lo hizo llevar á su presencia; y considerando lo mucho que ganaria si lograba atraerlo á su partido, tomó el mayor empeño en conseguirlo. Valiose de las lisonjas, de las promesas y alagos para inducirlo á la apostasia; pero viendo que nada debilitaba su constancia, y que permanecia inmóvil aun cuando por último recurrió á las amenazas, dispuso fuese despedazado con garfos de hierro. Ejecutose la orden con una inhumanidad

que hizo estremecer al mismo tirano. En pocos momentos quedó el cuerpo de Pánfilo hecho una llaga: por todas partes se le descubrian los huesos y se le veian las entrañas; pero el invicto mártir, fortalecido por la gracia, como si nada padeciese, solo se ocupaba en alabar á Jesucristo y confesar su santo nombre, de lo que irritado mas el proconsul mandó quitarlo de aquel lugar y conducirlo á la cárcel pública para que allí muriese en el abandono y el dolor.

La crueldad de Urbano tuvo muy pronto su castigo. Apenas habia condenado á San Pánfilo á aquella inhumana muerte, cuando por las quejas que de él tenia el emperador fué despojado de su empleo, privado de sus bienes y condenado á perder la vida, como en efecto así se ejecutó, desoyéndose todas sus disculpas y clamores; de manera que mientras la inocente victima convalecia en la cárcel de las muchas heridas que se le habian inferido con la mayor injusticia, su tirano muere entre los crueles remordimientos de un corazon depravado, á manos de su mismo amigo y cómplice de sus delitos. ¡Leccion terrible para los que abusan del poder y se olvidan en los delirios de su grandeza, de que hay un Dios que vela no menos sobre los buenos para protegerlos, que sobre los malos para castigar sus crímenes!

San Pánfilo, pues, permaneció en la cárcel todavía dos años, cuando ya de sus heridas y sirviendo desde allí á la iglesia, confortando á los fieles que lo visitaban y catequizando tambien á no pocos gentiles que ocurrían á verlo hasta la llegada de cinco jóvenes cristianos á Cesarea, que sin temor ninguno se pusieron á confesar públicamente á Jesucristo, y por cuyo motivo fueron llevados á la prison en que se hallaba. Firmiliano, que habia sucedido á Urbano en el proconsulado, se valió de este suceso para hacer comparecer á Pánfilo ante su tribunal en compañía de aquellos jóvenes, y habiendo sentenciado á estos á sufrir la pena de muerte, según hemos referido el dia 17 de Febrero, juntamente con San Teófilo, noble ensiano de la misma ciudad, hizo volver á la cárcel á nuestro Santo presbítero.

En ella permaneció en las mismas ocupaciones que antes el heroico confesor, hasta el dia 1.º de Junio de 309, en que mirando Firmiliano que todas sus tentativas y las de su antecesor habian sido inútiles para hacerlo vacilar en la fé, mandó se le cortase la

cabeza en compañía de otros dos cristianos, presos por la misma causa, llamados Valente y Pablo. Ejecutada la sentencia, un joven de Capadocia se puso á abrazar los cuerpos de los santos mártires, por lo que fué quemado vivo, y este nuevo mártir completó el escuadrón que había capitaneado Pánfilo. Quedaron los cadáveres tirados en el campo por cuatro días, sin haber sido tocados de las fieras y aves de rapiña, por cuyo prodigio se permitió á los fieles les diesen sepultura, como se verificó, llevándolos con la mayor veneración á Cesarea.

La Epístola es del capítulo V del libro de la Sabiduría.

Los justos vivirán eternamente: su galardón está en el Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos. Por tanto, recibirán de la mano del Señor el reino de la gloria y una brillante diadema: los protegerá con su diestra, y los defenderá con su santo brazo: se armará de todo su celo, y armará á las criaturas para vengarse de sus enemigos: tomará la justicia por coraza, y por yelmo el juicio infalible: embrazará por escudo impenetrable la rectitud.

El Evangelio es del capítulo VI de San Lucas.

En aquel tiempo: Bajando Jesus del monte, se paró en un llano, juntamente con la compañía de sus discípulos, y de un grande gentío de toda la Judea y de Jerusalem, y del pais marítimo de Tiro y de Sidon que habian venido á oírle, y á ser curados de sus dolencias. Y los molestados de los espíritus inmundos eran tambien curados. Y todo el mundo procuraba tocarle: porque salía de él una virtud que daba la salud á todos. Entonces, levantando los ojos hacía sus discípulos, decía: Bienaventurados, ó pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque sereis saciados. Bienaventurados los que ahora llorais, porque reireis. Bienaventurados sereis cuando los hombres os aborrezcan y os separen, y os afrenten, y abominen de vuestro nombre como maldito, en odio del Hijo del hombre. Alegraos en aquel día, y saltad de gozo porque os está reservada en el cielo una gran recompensa.

MEDITACION.

Sobre la paciencia: motivos para procurarla.

Considera que no hay virtud sin cruz, ni mérito sin paciencia: quita la cruz á la caridad, y quedará natural y humana: quita la cruz á la esperanza y no se levantará de la tierra: quita la cruz á la humildad y no será otra cosa que vanidad: quita la cruz á la fortaleza, y no pasará de flaqueza y debilidad. A los que Dios ama los castiga, y no escusa la vara á sus hijos. Jamas está Dios tan enojado contra un pecador como cuando no se enoja contra él: ni el hombre debe estar mas alegre que cuando observa que Dios no le perdona cosa alguna. Le castiga en el tiempo con el fin de perdonarle en la eternidad. Todos los castigos de esta vida son muestras de su bondad y de su justicia. Visita siempre con sus gracias, á los que visita con su azote. Siendo la gracia el fruto de la cruz, necesario es subir á la cruz para cogerle. ¡Oh, y con cuanta razon dice Santiago Apóstol, que en la paciencia se encuentra una obra perfecta!

Considera que un hombre paciente es un hombre perfecto; todas sus virtudes son heroicas y divinas: Cree que Dios le ama cuando le affige ¡qué fé! Espera contra toda esperanza, permaneciendo tranquilo en todos los acontecimientos, infatigable en todos los trabajos, inmóvil y constante, en su ruina; ¡qué esperanza! Ama á Dios que no le halaga, antes bien se le muestra severo é inflexible: besa la mano que le castiga, y la vara con que le azota, ¡qué caridad! Déjase sacrificar como el obediente Isaac, se considera digno de todas las penas, é indigno de todos los favores; ¡qué humildad! ¡qué obediencia! ¡qué conformidad! Dios es sábio, dice, todo lo hace bien. Es bueno; no puede quererme ningun mal. Está en todas partes; ve todo lo que yo padezco. Es poderoso; bien puede librarme. Es rico; puede socorrerme. Es justo, es sábio, es amoroso; y yo debo creer que si su justicia me corrige, es porque me ama, y sabe lo que me conviene. ¡Pues por qué he de turbarme, y perder ó poner en contingencia el bien inestimable de su paz? Tal es el juicio con que se rectifica, y tal la virtud con que se conduce el verdadero paciente.

PETICION Y PROPÓSITOS.

No es el aprecio, especulativo de la virtud el que justifica al hombre, sino el que de ella hace con la práctica. Pensamientos sublimes puede tenerlos un talento despejado: buenos sentimientos son propios de un corazón noble; mas el ejercicio de la heroica paciencia solo cabe en una virtud verdadera y castiza. No sea ageno de la nuestra, ni tengamos por mengua el ser pacientes y sufridos; pues está escrito que en nuestra paciencia poseeremos nuestras almas.

MI paciencia es de Dios, y de él me viene.

LECCION.

Sobre el duelo ó desafio.

La Iglesia católica, que ha visto siempre con el mas grande horror el crimen del duelo ó desafio, y castigádolo severamente, congregada en el santo concilio de Trento, establece las penas gravísimas de excomunión y perpetua maldición, y carencia de sepultura eclesiástica á los contraventores de su decreto, que es el siguiente: "Estérminese enteramente del mundo cristiano la detestable costumbre de los desafios, introducida por artificio del demonio para lograr á un mismo tiempo la muerte sangrienta de los cuerpos, y la perdición de las almas. Queden escomulgados el emperador, los reyes, los duques, príncipes, marqueses, condes y señores temporales, de cualquiera nombre que sean, por el mismo hecho de conceder en sus tierras campo para desafio entre cristianos... Los que entraren en el desafio y los que se llaman padrinos incurran en la pena de excomunión... y en la de infamia perpetua, y deban ser castigados segun los sagrados cánones como homicidas; y si murieren en el mismo desafio, carezcan perpetuamente de sepultura eclesiástica. Las personas tambien que dieren consejo en la causa del desafio, tanto sobre el derecho como sobre el hecho, ó persuadieren á alguno á él por cualquier motivo ó razon, así como los espectadores, queden escomulgados y en

"perpetua maldición, sin que obste privilegio alguno ó mala costumbre aunque sea inmemorial."

Los sumos pontífices asimismo han aclarado y ampliado las penas dichas en los casos en que ocurría alguna duda. El Sr. Gregorio XIII declara: "que los que pelearan á cierto tiempo y en lugar concertado anticipadamente, aun cuando no lleven padrinos ó compañeros, ni haya precedido billete de desafio: que los señores de los lugares que consintieren esos duelos ó no los impidiesen por cuantos medios estuvieren en su arbitrio: que todos los que los mandaren, instigare, auxiliaren, aconsejaren ó favoreciesen: que todos los que suministraren armas, caballos, dinero, compañía, ó se prestaren á ser espectadores ó socios bajo cualquier aspecto, incurran en las mismas penas." Es de advertir que por duelo ó desafio no se entiende cualquiera riña tenida entre dos ó mas personas, sino precisamente un combate singular, propuesto y aceptado por concierto de una y otra parte, señalando lugar y tiempo con peligro de muerte ó herida grave.

Aun con unas prohibiciones tan terminantes no se ha contenido el orgullo y la ferocidad de los hombres. Ansiosos por desahogarse con la venganza, mas bien que perdonar una injuria, han buscado para disfrazar su atentado, opiniones que los papas han condenado por erróneas y falsas. Tal es la que condenó el Sr. Alejandro VII, y decía: "que el caballero provocado á desafio, puede aceptarlo para que otros no lo tengan por cobarde." Y ya tambien el Sr. Clemente VIII habia condenado esta especie por lo respectivo á los militares, como de gente mas propensa á la riña y al desafio. Error grande; pues el buen militar ha de ser tan valiente en la campaña, como prudente y religioso en todo lo demas de su conducta. Aun cuando el que desafia y el desafiado se hallen en campaña, y pertenezcan uno á un ejército, y otro al otro de los beligerantes, no por eso les será lícito el desafio, ni se escusarán de incurrir en las penas canónicas, como lo decidió el mismo Sr. Clemente VIII, añadiendo que incurrirán en ellas aun cuando los desafiados y desafiados pacten que se terminará el combate á la primera sangre; y aun cuando entren en la lid privada de dos en dos, ó muchos contra muchos. Esto se entiende cuando no es una acción mandada por el jefe, de aquellas que entran en el plan de la guerra, sino con los caracteres propios del desafio.

Tan respetables decisiones parece que bastarían para contener los abusos en esta materia; pero no ha sido así; y fué preciso que el sábio papa Benedicto XIV condenase aun otras cinco proposiciones con que se patrocinaba el desafío, queriendo hacerlo licito al militar por sostener su honor y crédito de valiente, ó por conservar su grado ó empleo; y aun lo que es peor, queriendo persuadir que en el estado natural era licito al hombre por defender sus bienes y su honor; y aun en el social, cuando la justicia no está bien administrada por descuido ó malicia de los jueces. Bien se descubre el error y falsedad de estas proposiciones, y la justicia con que las condenó aquel pontífice.

Este mismo papa tuvo á bien renovar la constitucion de Benedicto XIII, en que se priva del beneficio de asilo eclesiástico al que matare á otro en duelo público ó privado, sea que muera en el sitio, ó de resultas de la herida. De este matador, pues, se ordena que pueda y deba ser estraido del asilo de lugar sagrado, y entregado á juez competente, para que justamente lo castigue, sin que le valga la inmunidad eclesiástica. Concluirémos en la leccion de mañana.

—♦♦♦♦♦—
DIA DOS.

San Marcelino y Santa Blandina, mártires.

SAN MARCELINO.

Se ignoran los pormenores de los primeros años y estudios de San Marcelino, presbítero romano, y la historia nos lo ha dado á conocer por el siguiente suceso. Pedro exorcista, se hallaba preso en Roma en tiempo de la persecucion de Diocleciano, de órden del prefecto Sereno, por la confesion de la fé cristiana, y por el odio que le profesaban los gentiles, por los muchos milagros que hacia en nombre de Jesucristo. Sucedió que el alcaide de la prision, llamado Artemio, tenia una hija nombrada Paulina, la cual se hallaba endemoniada y agitada por el infernal huesped; padecia muchos dolores y espantosísimas convulsiones, lo que affigia sumamente á su padre.

Cierto dia, viéndolo tan lloroso Pedro le preguntó la causa, é



S. Marcelino Mártir.



Sta. Blandina Mártir.



S. Isaac Monge.



Sta. Clotilde Reina.

instruido de ella, le ofreció sanarla si creía en Jesucristo. Artemio, admitiendo la oferta lo llevó á su habitacion, en la que se hallaban reunidos varios vecinos con toda la familia, que consolaban á Cándida, madre de la niña. Presentóse el Santo exorcista, y haciendo conducir á su presencia á Paulina, la libró del demonio, haciendo confesar á éste antes la divinidad del Redentor del mundo.

Asombrados todos los circunstantes de aquella portentosa curacion, confesaron á Jesucristo, pidiendo á grandes voces el bautismo. Condújolos Pedro á casa del presbítero Marcelino, quien habiéndolos catequizado suficientemente por algunos dias, y reconociendo la sinceridad de su conversion, los bautizó á todos, exhortándolos á permanecer constantes en la fé que acababan de abrazar.

Poco tardaron los nuevos bautizados en experimentar el furor de los tiranos. Noticioso Sereno de la conversion del alcaide y su familia, lo hizo conducir á él, á su muger y á su hija al templo de Júpiter, ordenándoles le ofreciesen sacrificio; y como ellos se negasen á aquel sacrilegio, mandó los arrojaran vivos en una profunda hoya, y los cubriesen de piedras y arena. Hizose así, y los invictos mártires volaron de aquel inhumano suplicio á la eterna bienaventuranza.

En seguida hizo llevar á su presencia á Marcelino y á Pedro. Reconvinólos con palabras ásperas; agregó amenazas y terrores, ordenólos en fin, que si querian alcanzar perdon de lo que él llamaba delito de haber apartado de las supersticiones idolátricas á la familia de Artemio, ofreciesen al momento incienso á los dioses. Resistióronse á aquella temeraria proposicion los esforzados atletas, y nuestro Marcelino, creyéndose obligado como sacerdote, á volver por la fé, argulló al tirano en su favor con tal energia y vigor, que irritado éste, despues de varios tormentos, mandó les cortasen la cabeza.

Ejecutose la sentencia á una legua fuera de Roma, en un parage que entonces se llamaba *el bosque negro*, y despues en memoria de los Santos se llamó *el bosque blanco*, y recibieron la corona del martirio hácia el año de 304. Sus cuerpos fueron arrojados en un profundo barranco, de donde los sacó, por revelacion de los mismos mártires, una piadosa muger llamada Lucila, quien les dió decente sepultura. Sus reliquias trasladadas en 826 á Alemania, se veneran hoy en la abadía de Selgenstad.

Santa Blandina.

Entre la multitud de mártires que ha dado la Francia al cristianismo, son muy notables los cuarenta y seis que con el título de *mártires de Leon*, hoy menciona el martirologio. Entre estas esclarecidas víctimas se distinguió Blandina, esclava de una matrona cristiana, que por la delicadeza de su sexo, por su débil constitución física, y por la flaqueza natural de las mugeres, temieron todos sus compañeros, y principalmente su ama, que no pudiera resistir al dolor de los tormentos; pero de cuanto no es capaz el corazón humano, cuando se halla fortalecido por la gracia divina?

En efecto, esta flaca muger de una condicion tan abatida, sirvió de modelo y ejemplo á los varones mas esforzados. El primer día en que todos sus compañeros fueron atormentados de mil crueles maneras ante el tribunal del gobernador, nuestra Santa como una invencible roca sufrió tantos tormentos, que llegó á cansar á los verdugos, manifestando entre sus acerbos dolores, un semblante muy alegre y sin dar ninguna señal de lo mucho que padecía, solamente se le oía exclamar: *Soy cristiana, y me glorío de ello: entre nosotros no se cometen ningunos delitos.* Todo el día fué atormentada Blandina, hasta que viendo el tirano no podía doblegar su constancia, la mandó á la cárcel, donde fué puesta en una máquina, inventada por la crueldad de los infieles, y en la que casi fué descoyuntada.

Pasado algun tiempo, volvieron á conducir á la presencia del juez á los Santos mártires, y á vista de Blandina, fueron muertos varios de ellos; mas no por eso vaciló, por lo que fué de nuevo atormentada y espuesta atada á un poste á las fieras. Respetaron éstas y no la tocaron, por lo que fué otra vez llevada á la prision, en la que el ejemplo de su constancia y sus exhortaciones sirvieron no poco para hacer volver á la fé á algunos cristianos, que del temor de los tormentos habian apostatado, y sido tambien encerrados en la misma cárcel.

Ultimamente en el postrer día de los combates de los gladiadores que se celebraban por cierta festividad en Leon, fué llevada al anfiteatro Blandina, en compañía de Pontico, jóven de cerca de quince años, y á presencia del pueblo quiso obligarlos el tirano á

jurar por los dioses; pero resistiéndose ambos, fueron allí mismo azotados y atormentados cruelmente de muchas maneras. En los tormentos murió Pontico, y Blandina, asada antes en unas parrillas, fué envuelta en un eron y arrojada á un furioso toro, quien la maltrató de varios modos; pero mirando que aun estaba viva, le fué cortada la cabeza. Así voló al cielo á recibir la corona del martirio, la última de los cuarenta y seis mártires, esta generosa alma en quien se sirvió Dios ostentar toda la fuerza de su gracia.

Los restos de los cadáveres de todos estos gloriosos mártires fueron arrojados á los perros; pero habiendo permanecido ocho dias en el campo, los hecharon todos en una hoguera; y reuniendo las cenizas, las arrojaron al río Rhona, creyendo los idólatras que de esta manera no resucitarían. San Gregorio de Tours asegura que de alguna parte de estas cenizas se recogieron milagrosamente, y fueron sepultadas debajo del altar de la Iglesia que se llamaba de los Apóstoles de Leon.

La Epístola es del capítulo XI de la que escribió San Pablo á los hebreos.

Hermanos: Los santos por la fé conquistaron reinos, ejercitaron la justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, tapanon las bocas de los leones, estinguieron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sanaron de sus enfermedades, se hicieron valientes en la guerra, desbarataron ejércitos extranjeros. Mugeres hubo que recibieron á sus hijos resucitados ya difuntos. Mas otros fueron estirados en el potro, no queriendo redimir la vida por asegurar otra mejor en la resurreccion. Otros asimismo sufrieron escarnios y azotes, además de cadenas y cárceles: fueron apedreados, acorados, puestos á prueba, muertos á filo de espada; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, desamparados, angustiados, maltratados, de los cuales el mundo no era digno: yendo perdidos por las soledades, por los montes, y en las cuevas y en las cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fé en Cristo Jesus nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo XL de San Mateo.

En aquel tiempo respondió Jesus, y dijo: Yo te glorifico, ó Padre, Señor del cielo y tierra, porque has ocultado estas cosas á los

sabios y prudentes y las has revelado á los pequeños. Si, padre, por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo sino el Padre: ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo. Venid á mí todos los que estais agoviados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallareis el reposo para vuestras almas: porque mi yugo es suave y ligero el peso mio.

MEDITACION.

Sobre el silencio.

Considera qué gran bien es el silencio y cuánto bien produce en nosotros. El silencio nutre las virtudes; y su falta da entrada á los vicios. El silencio produce oracion, y la oracion produce silencio. En el mucho hablar no faltará pecado, dice el Espíritu Santo. ¿Y por qué? Porque el corazón de los necios está en su boca, y ésta habla de la abundancia de aquel. ¿Y quién es el necio? ¿Y qué es lo que guarda en su corazón? El necio es el pecador, que amó la iniquidad y aborreció la justicia, y amando las cosas visibles, pierde el goce de las celestiales. Su corazón es como un receptáculo de toda iniquidad: él la congrega para su daño; mas no solo para propio perjuicio, sino para escándalo y contaminación de sus hermanos: la corrupción que respira en sus palabras contagia á quien le atiende, y piérdense la inocencia y el pudor. Veneno de aspides encierran sus labios, dice el Profeta. ¡Oh! que es el mal terrible; pues sin sentirse su mordedura, introducen la muerte. ¡Oh palabra del hombre casi siempre fatal, y pocas veces provechosa!

Considera que el Espíritu Santo ama el silencio, y solo en el silencio hace que se perciba su voz de salud y de consolacion. No está el Señor en el bullicio, se dijo á Elías. Por el contrario, cuando quiere hablar á alguna alma, la lleva á la soledad interior, y allí le habla al corazón, se dice por Isaías. Uno de los dones mas excelentes del Espíritu Santo es el de consejo, y éste no se tiene bien sino bajo la custodia de un casto silencio. En él se percibe lo que dicta el Espíritu Santo: en él se desarrolla la saludable semilla de su inspiracion: en él se ejecuta con orden, paz y acierto lo que el

consejo de la sabiduría dictó que debía hacerse. No hay bien que no conserve y custodie el silencio: él so hermana bien con la prudencia; participa de su nobleza, la ayuda en sus empresas, y asegura el buen éxito: es un grande antidoto contra el veneno de la culpa; ayuda á la alma á mantenerse en gracia; conserva en ella el fervor de la caridad; sostiene su humildad; guarda y fomenta su propósito.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Qué mas tengo que hacer á vista de todo esto, sino proponer en mi corazón la observancia saludable de un santo silencio? Sin él peligrarán nuestros mejores propósitos, y con él se sostienen: la guarda de nuestro corazón está á su cargo, si al mismo tiempo que observamos el silencio, guardamos nuestros oídos para que no participen de la corrupcion agena. Poco harémos con no hablar, si prestamos el oído á la lisonja, ó alguna otra palabra de seduccion. El varon de Dios en todo debe ser perfecto.

JACULATORIA.

Pon, Señor, una guarda á mi boca, para que mi corazón no declina á producir palabras de malicia.

LECCION.

Concluye la de ayer sobre el duelo.

Hablamos en la leccion de ayer, acerca de lo que la religion cristiana nos previene sobre el duelo ó desafío: hoy tratamos de manifestar que no hay cosa mas contraria á la razon que ese género de combate; y que por lo mismo la Iglesia ha tenido sobrados fundamentos para castigarlo con las penas gravísimas de escomunion, privacion de sepultura eclesiástica, y del goce de asilo. Bien conocemos que los filósofos anticatólicos saldrán á la defensa de este error como de todos los que nos venden por avances de la ilustracion; pero nosotros despreciamos esta su ilustracion cuando es contraria á la sabiduría del Evangelio, que es la verdadera luz del mundo. Si ésta pugna con aquella, éstemos á ésta, sin que nos alucinen los usos y costumbres de las naciones que se llaman ilustradas; pues las esencias de las cosas son inmutables, y el mundo

todo no puede hacer que sea bueno lo que es intrínsecamente malo; porque la licitud ó ilicitud de los actos no depende de la opinion de los hombres, sino de la razon intrínseca que los hace buenos ó malos, y ésta es inmutable.

Conforme á esto, veamos ya nuestro asunto á las luces de esta razon. No hay cosa mas opuesta á ella que la venganza; y así lo han conocido aun los filósofos de la antigüedad, que condenan la ruindad y vileza de un corazon vengativo, y colman de elogios al noble y generoso. Los escritores, los historiadores antiguos y modernos, nos presentan á cada paso, ya la sentencia, ya el ejemplar que recomienda la elevacion de alma de un hombre generoso, y que condena al cruel y vengativo. Ciceron nos dice, que no debe darse oido á los que creen que es de varones esforzados airarse contra sus enemigos. El mismo enseña que el ganar batallas y conquistar reinos es nada, en comparacion del vencimiento de sí mismo, y tenia por un hombre divino al que sabia moderar su ira.

Pero ¿para qué es recurrir al testimonio de los demas hombres, cuando cada uno de nosotros tiene dentro de sí propio el irrecusable de su conciencia? Nada hay que hacer sino preguntar á ésta que juzga sobre un hecho de venganza y otro de generosidad. La narracion de un hecho generoso excita, aunque no se quiera, nuestra sensibilidad, y se arrebatá nuestra aprobacion; y la de un hecho de venganza y crueldad nos horroriza involuntariamente y excita nuestra indignacion. ¿Qué mas? Aun los mismos genios vengativos ven con horror á la venganza cuando ha sido cruel ó excesiva. ¿No es esto evidente? Sí: luego la venganza es opuesta á la razon. ¿Y qué otra pasion obra mas activamente en los desafíos sino la venganza de la injuria, ó el mal que se nos ha hecho? ¿Pero qué? ¿dejaremos impunes los delitos? ¿no han de tener éstos algun freno que los contenga? Sí; pero ese freno lo ha de poner la autoridad pública, y no la privada: lo contrario es perturbar el orden de la sociedad. Para eso se han establecido jueces que conocen de todo género de causas criminales y civiles, y castiguen el delito y obliguen á la satisfaccion del agraviado. Aun los autores protestantes no toleran el desafío, y reconocida la autoridad de los jueces, reprobaban la satisfaccion privada de esta clase. Usurpan, pues, á la sociedad sus derechos los que se constituyen jueces y vengadores de sus ofensas.

Demas de esto, esa venganza es de ningun efecto. Supongamos que un hombre llamó *ladron* á otro, y que éste desafia á aquel y lo mata; ¿qué se sigue de ahí? Nada. ¿Probará con matarlo que no es el *ladron*? No; pues bien puede ser *ladron*, y tener tal destreza ó tal fuerza que lo mate. Se queda, pues, con su injuria, y le añade el ser positivamente homicida de su hermano. Si el injuriado muere, tanto peor para él, porque á la primera injuria, que es reparable por caminos legales, se añade la segunda que es irreparable: pierde una vida á que no ha de volver hasta el día de la resurreccion general, y lo que es mas sin comparacion, pierde una alma que jamas volverá á la amistad y gracia de su Dios. ¿Y por qué medio ¡Dios mio! se intenta esta llamada reparacion del honor? Por un trance tan fuerte como un combate singular, en que precisamente ha de morir uno de los dos contendientes, ó acaso los dos como sucede muchas veces. ¡Lance fatal! ¡Catástrofe funesta! ¡Muerte cruel y desastrosa en que con la vida se pierde el alma y se pierde para siempre! ¿Y con qué dominio disponen de su vida y de su alma el desafiante y el que acepta el desafío? Con ninguno ciertamente; pues Dios, que es el Autor de su existencia, y el dueño soberano de todo su ser, reprueba este hecho criminalísimo, y por él los condena al fuego eterno. Huyamos, pues, de tal temeridad, y veamos con horror tan bárbaro atentado, que jamas podrá hacer lícito costumbre alguna; pues si las costumbres de los hombres pudieran hacer lícito lo que de suyo es malo, ya no habria pecado que no fuera virtud.

DIA TRES.

San Isaac, martir, y Santa Clotilde, reina.

SAN ISAAC.

Fué Isaac natural de Córdoba, de una de las familias mas nobles y ricas de la ciudad. Desde niño lo dedicaron sus padres á los estudios, é hizo tales progresos en las ciencias humanas y eclesiásticas y especialmente en la lengua árabe, que á los veinte y cuatro años de su edad, se vió colocado de esceptor ó tesorero, uno de los empleos mas elevados de aquella administracion.

Tan bellos principios anunciaban á Isaac una fortuna desechar; pero el prudente jóven, burlándose de estos fantásticos bienes y conociendo toda su vaciedad, los abandonó generoso y se retiró al monasterio Tabanense, situado en la soledad de Sierra Morena, que habia fundado su tío el glorioso mártir San Jeremías. Allí, bajo la direccion del venerable abad Martin, se hizo nuestro Santo un modelo acabado de las virtudes monásticas: tales eran en efecto su humildad y obediencia, su continua oracion, el austero trato que daba á su cuerpo, su amor á Dios, su caridad fraterna y la exacta observancia de todas las reglas de su instituto.

Pero no contento el ejemplar monge con trabajar de esta suerte por su propia santificacion y condolido de las muchas almas que perecian por desconocer la verdadera religion, sumergidas en los absurdos errores del mahometismo, salió de su retiro abrazado del celo de la gloria de Dios, y entrando en Córdoba se dirigió al tribunal del juez, y ante su presencia se puso á predicar el evangelio á aquellos hombres al par que supersticiosos, sumamente ignorantes y totalmente entregados á los mas groseros placeres sensuales.

Irritado el juez de aquel dentado con que Isaac le anunciaba las terribles verdades evangélicas, y le echaba en cara los desórdenes de su vida, olvidado de la dignidad de su puesto, le infririó una reia bofetada, y haciéndolo aprisionar, dió parte al rey de aquel suceso con los coloridos que le sugirió su pasion y venganza personal. A vista de la acusacion, el príncipe sentenció á nuestro Santo á la última pena, y en su consecuencia le fué cortada la cabeza el día 3 de Junio de 851, quedando su cadáver colgado de los pies á la espectacion pública por espacio de nueve dias.

Así concluyó su santa vida á los veinte y siete años de edad el invicto monge Isaac, cuyo cuerpo fué quemado en compañía de los de otros siete mártires, y sus cenizas arrojadas al rio; mas de allí resucitará glorioso el último dia de los siglos, pues el Dios omnipotente tiene ofrecido á sus fieles siervos que no perecerá ni un solo cabello de sus cabezas.

Santa Clotilde, reina.

Esta virtuosa reina, á quien la Francia debe en gran parte la fé, tuvo por padre á Chilperico, hermano de Gundovaldo, rey de Bor-

goña. Aun era muy jóven cuando perdió á sus padres y hermanos, á quienes sacrificó inhumanamente su tío; pero el Señor, que tenia sobre ella los mas altos designios, no solo la hizo respetar por este cruel enemigo de su familia, sino que dispuso fuese educada en la religion católica por su hermana mayor que moraba en un monasterio; preservándola así del arrianismo que dominaba entonces en la corte.

La fama de la hermosura y demas prendas de Clotilde, habiendo llegado á oídos de Clodoveo, que entonces reinaba en Francia, de tal suerte cautivaron su corazon, que la pidió por esposa á su tío Gundovaldo, quien no titubeó en concederle su mano, ni la ilustre jóven en admitir el partido, aunque poniéndole por condicion el que abjurase la ciega idolatria que profesaba y abrazase el culto de la verdadera religion; pues sin esta circunstancia preferia ella la suerte mas abatida, á reinar sobre el trono mas elevado del mundo. Ofrecióse Clodoveo hacerlo así, y se celebraron las bodas con toda magnificencia en Soissons el año de 493.

Tan luego como Clotilde se vió sobre el trono de la Francia, se valió del influjo que tenia en el corazon de su real esposo, para el bien y la felicidad de aquellos pueblos. Ella era la madre de los pobres, el auxilio de los oprimidos, el consuelo de los enfermos, y el remedio de todos los necesitados. Ninguno se apartaba de sus pies sin conseguir lo que solicitaba; y cuando eran cosas sobre su poder, ella misma servia de medianera para con el rey, que tiernamente apasionado de sus virtudes y beneficencia, nada le negaba.

Sin embargo de esta justa deferencia de Clodoveo á su querida esposa, cerraba los oídos á todos los ruegos que le hacia, recordándole su real palabra para que abrazase el cristianismo, y de día en día difería su conversion, mucho mas cuando de los dos hijos primeros que tuvo y que por darle gusto habia dejado bautizar, murió el primogénito, y el segundo se vió á la orilla del sepulcro, lo que los sacerdotes idolátras atribuyeron al bautismo; pero no por esto Clotilde dejó de repetir sus instancias. Conociendo que el corazon de los hombres se halla en las manos del Criador, ella rogaba á Dios instantáneamente alumbrase con su divina luz á su esposo, y acompañando sus fervientes oraciones con la penitencia, la limosna, las lágrimas y el ayuno, al fin obtuvo buen despacho en

sus peticiones. Clodoveo rindió su cuello al yugo de la verdadera religion.

Hecho Cristiano Clodoveo, y bautizado por San Remigio, obispo de Reims, continuó nuestra Santa edificando á la corte con sus virtudes, y aconsejando á su esposo con el mayor tino y prudencia, en todo aquello que creia conducente así para el total establecimiento de la religion, como para el mejor arreglo de las costumbres públicas, con lo que llegó á hacerse el idolo de la Francia. Así vivió en la mayor armonia con el rey hasta el año de 511, en que tuvo el pesar de perderlo despues de cerca de diez y ocho de su union conyugal. Quedaron tres hijos y una hija llamada tambien Clotilde, que casó con Amalarico, rey de los visogodos en España, y sus hijos Clodomiro, Childeberto y Clotario, partieron los estados de su padre con Tierri su medio hermano, habido por Clodoveo antes de su matrimonio en una concubina.

La muerte del rey fué el principio de las desgracias de Clotilde y tambien el crisol de su heroica paciencia. Retiróse al sepulcro de San Martin en Tours, á entregarse con toda libertad á la práctica de las virtudes; pero allá fueron á perseguirla las desazones y crueldades de sus hijos. Clodomiro murió en una guerra que sostuvo contra los borgoñeses, y nuestra Santa se vió obligada á encargarse de los tres hijos que él habia dejado. Interesada en conservar á sus nietos los estados de su padre, se resistió á que segun las ambiciosas miras de sus tios, fuesen obligados á abrazar el estado monacal; pero esta resistencia costó la vida á dos de ellos, á quienes mató con la mayor inhumanidad Clotario, y el otro no escapó de su barbarie, sino adoptando el partido único que se le proponia, de sepultarse en un monasterio. Clotilde quedó sumamente afligida por aquel atentado tan repugnante á la naturaleza, tanto mas, cuanto que inocentemente y con la mejor intencion, creyó deber oponerse á las propuestas de sus hijos.

Volvióse la Santa reina á su retiro, abandonando para siempre á Paris; pero volvieron á interrumpir sus piadosos ejercicios otras desavenencias de sus hijos. La enemistad entre ellos tuvo progresos tan considerables que llegaron varias veces á las manos sus respectivos ejércitos. Clotario quedó vencido y refugiado á un bosque, reconoció sus errores y pidió á Dios misericordia. Sitiólo allí Childeberto, auxiliado de las tropas de Teodoberto, hijo de

Tierri, y ya estaban resueltos á proseguir la accion hasta acabar con Clotario, cuando el Señor, como refiere San Gregorio Turonense, mandó una tempestad de piedras y granizos sobre el ejército sitiador que salvó al de aquel príncipe. Este milagro, que se atribuyó á San Martin por las oraciones de Clotilde, trajo la paz entre los hermanos, que se reconciliaron sinceramente.

Poco sobrevivió á este suceso Santa Clotilde, á la que despues de tantas aficciones quiso premiar el cielo, llamándola á la bienaventuranza. Murió con la misma ejemplaridad que habia vivido, el día 3 de Junio, segun se cree del año de 537, como á los sesenta y seis de su edad. Su muerte fué generalmente sentida por todos los franceses, y su cuerpo trasportado á Paris, recibió sepultura cerca de Clodoveo su marido, en la iglesia de San Pedro y San Pablo, que comenzada por este príncipe, fué concluida despues de su fallecimiento por la reina su esposa. Su culto es de tiempo inmemorial, y el Señor se ha servido hacer muchos milagros por sus reliquias, que se conservan espuestas á la veneracion pública en una urna de plata en la mencionada capital de la Francia.

La Epistola es del capítulo X del libro de la Sabiduria.
(Pág. 162).

El Señor condujo por caminos seguros al justo, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriqueciole en medio de las fatigas, &c.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo. (Pág. 492).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz, y sigame &c.

MEDITACION.

Sobre la utilidad de las persecuciones y otras tribulaciones.

Considera que las persecuciones no nos placen; pero nos son útiles y necesarias; nos hacen caminar hácia al cielo, y nos estimulan á andar cuando nos paramos en la tierra: nos desprenden de las criaturas que nos impiden amar á Dios: nos mantienen dentro de los límites de nuestros deberes; nos limpian de nuestros vicios; hacen

que las virtudes se radiquen en nosotros; nos disgustan de la vida presente, y nos hacen desear la venidera; impiden que nos disipemos, y nos mantienen en recogimiento interior. ¿Mas qué persecuciones son éstas? ¿Por ventura lo que llaman persecucion los malos, cuando el juez, el superior, el padre de familias, ó otra persona caritativa y celosa de su bien los amonesta y corrige sus excesos? No, ciertamente; porque ésta no es persecucion de aquellas de que habla el Salvador, cuando dice: "Bienaventurados seáis cuando os persiguieren y dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo, por el Hijo del hombre." Esta persecucion, pues, es la que hace al hombre bienaventurado; porque es la persecucion que de parte de los malos sufren los justos; y llevada en paciencia y caridad les produce todos aquellos bienes.

Considera que aun aquellas otras persecuciones que hemos insinuado, aunque no sean de las que habla el Salvador en aquel pasaje, son tambien útiles, y muchas veces necesarias al hombre; pues Dios las excita persiguiendo al pecador para apartarlo de los objetos á que tiene adherido el corazon. Si tú lo eres y sufres revces del mundo y las criaturas, ten entendido que Dios mismo las despierta y excita contra tí. Dios hace que el mundo te desee; Dios prohíbe á las criaturas que te acaricien; Dios les manda que se aparten de tí cuando tú las lisongeas; que se alejen cuando te acercas á ellas; que huyan cuando las buscas. Este Padre de misericordia arma á todo el universo contra tí, para obligarte á que vuelvas á sus brazos: siembra espinas en la tierra, para que no pongas en ella tu descanso. Si el que te persigue peca en perseguirte, no es Dios el autor de su pecado; pero sí lo permite para que obre en tí el efecto de tu correccion, que es la que Dios intenta. ¡Feliz si sabes aprovecharte de esta persecucion, volviéndote á tu Dios; pero infeliz si te obstinas en tu pecado; pues estas ya tan duro que no te ablanda ni el fuego mismo de esta persecucion.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios mio! ¡Cuán admirable es vuestra sabiduría, y cuán llena de bondad vuestra conducta! No sería vuestro si el mundo me hubiera querido. Yo sería aun vuestro enemigo, si el mundo me hubiera conservado en su amistad. ¡Feliz rompimiento y feliz

desengaño el que me ha vuelto á mi sentido y héchome amar de nuevo á la virtud salvadora del alma. ¡Dios mio! yo pongo toda mi gloria en ser menospreciado del mundo por vos: todas mis riquezas en poseer solo á vos; todas mis delicias en padecer mucho por vos. Haced eficaz mi resolusion, y avivad mis afectos.

JACULATORIA.

Cercáronme, Señor, la tribulacion y la angustia, y propóseme la guarda de vuestros mandamientos.

LECCION.

Sobre el horrendo crimen de procurar el aborto.

El mundo, ingenioso siempre en proporcionar arbitrios á sus senecades para que puedan pecar fácilmente y no teman los resultados de sus culpas, ha inventado opiniones que favorecen al crimen. Bien conoce el enemigo de nuestras almas que si nos espedita el camino para pecar, lo haremos con mas facilidad que cuando se nos presentan algunos obstáculos que vencer. Pero la moral del Salvador y de la Iglesia santa, depositaria de aquella, le sale siempre al encuentro para frustrar sus ardidés. Así es que el vicario de Jesucristo ha condenado la proposicion en que se enseñaba que era lícito á la muger procurar el aborto antes de la animacion del feto, cuando lo hacia para evitar la muerte que pudiera ocasionarle su incontinencia, si llegaba á ser manifiesta. Igualmente condenó otra proposicion, que sosteniendo el despropósito de que el alma se infundia al cuerpo al tiempo del nacimiento y no antes, enseñaba que no se cometía homicidio solicitando el aborto. Sobrados fundamentos ha-habido para hacer la condenacion espresada. Los santos padres, maestros de la moral, han calificado de homicidio todo aborto procurado. San Basilio afirma "que la muger que de intento aborta, debe sufrir la pena de homicida;" lo mismo aseguran San Gerónimo, San Agustin, San Ambrosio y otros. Los concilios y los sumos pontífices han establecido gravísimas penas contra las que cometen aquel delito, y por aquellas puede conjeturarse la enormidad de este. En el tiempo en que estaban en observancia rigorosas las penitencias canónicas, mandó el concilio iliberitano, que la muger adúltera que por librarse de que su marido supiese su infidelidad procuraba el aborto, no pudiese recibir la sa-

grada comunión ni aun en el artículo de muerte: el concilio anacirano condenaba á diez años de penitencia, á cualquiera muger que perpetrara ese delito. Un concilio posterior moderó esas penitencias á siete años, despues de los cuales podian los delinquentes recibir la comunión; pero observemos atentamente lo que añade: "con tal de que toda su vida lloren."

Aun modificadas las penas canónicas, no por eso se ha disminuido en nada la gravedad del crimen; así es que dos concilios calificaron de homicidas á las personas que lo cometieran. Los sumos pontífices, queriendo proporcionar la pena al delito aun en los tiempos posteriores á la observancia de las penas canónicas, han impuesto á todos los que lo cometan ó de cualquiera modo lo ausilien, aunque sea aconsejándolo simplemente, la pena de excomunion mayor en que se incurre, no en el mismo hecho de perpetrar el crimen, sino cuando el juez la declara por su sentencia. Si los delinquentes fueren personas eclesiásticas, quedan irregulares y pierden ademas el oficio y beneficio que obtengan.

Hemos hecho presentes la gravedad del crimen de que tratamos y la de las penas con que se castiga, para llamar la atención de la juventud fogosa é imprudente, con objeto de que procure evitar esos crímenes, contra los que clama la naturaleza ofendida, y que al mismo tiempo son tan fáciles de contenerse en su principio. Quisiéramos de buena gana omitir algunos puntos de moral así como el presente, que ciertamente omitiríamos si nos halláramos en épocas mas felices para la religion de Jesucristo; pero por desgracia estamos en otras muy diversas. Una de las materias en que mas se empeñan los libertinos, es en dar rienda suelta á los placeres deshonestos: las mugeres encuentran en su honor un obstáculo, ¿qué otro arbitrio queda á aquellos para seducirlas, que persuadirles que pueden conservar su honor aun satisfaciendo sus pasiones? ¿Qué embarazo podrá presentarse para no poder aconsejar ó ausiliar un aborto á un cómplice que afecte creer y enseñe que todo lo que es útil es honesto? Principio que está de moda entre los filósofos anticatólicos, y es la base de todas sus operaciones. ¿Qué podrá contener al materialista, para quien no hay diferencia entre el hombre y una máquina? ¿Habrà quien niegue que hace muy bien el que destruye la mas esquisita de ellas, si fuere necesario para conservar su honor, y lo que es todavía mas, su vida? No, de ninguna suer-

te. Pues aplíquese este principio al hombre considerado como máquina, y se palparán las monstruosas consecuencias que de él se deducen. ¿A qué no se arrojará el incrédulo que no admite que haya penas ni premios eternos? Si el impulso de las pasiones basta para precipitar en los crímenes mas horrendos aun á los que tienen fé, cuando no saben refrenar aquellas con la práctica de otras virtudes, ¿qué deberemos esperar de los que carecen de éstas y de aquella, y que no conocen otra felicidad que la de saciar sus pasiones en cuanto les sea posible!

Las mugeres y el dinero son los objetos preferentes de esos incrédulos libertinos: nada omiten por adquirir ambas cosas. En las primeras, si carecen de la instruccion religiosa, suficiente para conocer el mal y los medios de precaverlo, encuentran una materia muy bien dispuesta para sus miras. Comienzan por inspirarles amor á los placeres ilícitos una vez que los amen, las estimulan y determinan á disfrutarlos, y á este fin les allanan todas las dificultades. Muchas jóvenes sin esperiencia, dejándose halagar de los placeres de los sentidos, se van precipitando poco á poco; y cuando ya se encuentran sumergidas en lo profundo de un abismo, entonces solo procuran salir de él á cualquiera costa que sea. Movidas por su propio interes, y animadas por las persuasiones de sus cómplices, á pesar de los gritos de su conciencia, añaden crimen á crimen, y por librarse del perjuicio que les puede ocasionar el primero, se resuelven á cometer el segundo, aun mas grave y de mayor trascendencia.

Nada de esto sucedería si las mugeres estuvieran anticipadamente instruidas en sus deberes religiosos sobre estas materias. La instruccion puede servirles al mismo tiempo de precaucion para evitar el mal, y de escudo para resistir á los ataques de los libertinos. Cuando estos comiencen sus preparativos, conocerán al momento sus intenciones, y el fin á que se dirigen, y cerrarán los oídos á las seducciones de su perversidad. No es lo mismo escuchar con prevencion á uno de esos libertinos, que sin ella. Igualmente nos proponemos sacar el fruto de que las que por desgracia hayan comenzado á delinquir, no agraven la carga de sus pecados, añadiendo á los anteriores otros enormes. Padezcan antes la deshonra y la muerte, que mancharse con la sangre de la inocencia. La filosofia del mundo se esforzará en hacerles creer que para sal-

var su vida y honra les es lícito dar la muerte á su semejante. El interes personal puede contribuir á que se alcine con esos errores. ¡Ah, jamas les den entrada en su corazón! Cierren, cierren sus oídos á tan detestables discursos.

Si nos es lícito alguna vez atentar contra la vida de nuestros prójimos, es como lo hemos aprendido en las lecciones anteriores, cuando resistimos la fuerza con la fuerza, pero no con sacrificio de un inocente. Por otra parte hemos visto tambien que no nos es lícito matar en defensa de nuestro honor ni aun al agresor injusto: ¿cómo podrá ser tolerable privar de la existencia al que de ninguna manera puede agraviarnos? Si su vida influye de algun modo en nuestro descrédito, esa no es culpa suya sino nuestra; y será el colmo de la injusticia que otro pague tan costosamente, la falta que nosotros, y no él hemos cometido. Tengamos, pues mucha consideracion con esos pequeños entes, que si fueran capaces de quejarse al tiempo que se proyecta su esterminio, nos harian los ruegos mas tiernos, bafarian sus rostros de lágrimas, y con las expresiones mas enérgicas nos suplicarian que no los priváramos para siempre de la vista de su Dios. Estas reflexiones han de hacer aun las mugeres casadas, para no dar por culpa suya, ocasion al aborto, pues en tal caso no se escusarán de pecado. Reine en nuestros corazones la caridad cristiana; hagamos el debido aprecio de la salvacion de las almas; y si desgraciadamente hemos dado motivo para vernos en algun apuro de honor, suframos su pérdida y aun la de nuestra vida con resignacion, como justo castigo de nuestras culpas, antes que atentar contra la vida de un inocente. Aquí escapariamos de la violencia de un hombre; pero de la justicia de Dios omnipotente, ni en esta ni en la otra vida podremos escapar.

—♦♦♦♦♦♦♦♦♦♦—

DIA CUATRO.

San Quirino, obispo y martir.

Entre los mas célebres mártires de la Iliria, en tiempo de la persecucion de Galerio, se cuenta á San Quirino, obispo de Sicilia, hoy Sisseg. Este santo pastor, noticioso de que Máximo, vicegobernador de la Pannonia habia dado órden de que lo prendiesen, se retiraba á ocultarse á un lugar seguro desde donde poder ser

útil á sus ovejas, sin esponerse temerariamente al martirio, cuando fué sorprendido por los que lo buscaban, y presentado al tribunal de aquel juez. Reconvinole el tirano por aquella fuga, á lo que contestándole con dignidad el Santo obispo, y negándose resueltamente á hacer sacrificio á los ídolos, riéndose de sus promesas y de sus amenazas, mandó ponerlo en la cárcel pública cargado de cadenas, esperando doblegarlo el tiempo y los malos tratamientos. Encerrado en la prision, se puso Quirino á orar á Dios y á pedirle fervorosamente se dignara darse á conocer á los que estaban allí. Fué oída su oracion, pues cerca de la media noche se iluminó la cárcel con una viva luz, de lo que espantado el alcalde Marcelo, y reconociendo el prodigio, confesó á Jesucristo, y postrándose á los pies del Santo le pidió el bautismo, como en efecto lo recibí algunos dias despues, que lo hubo instruido suficientemente el santo prelado.

Viendo Máximo que á pesar de las penalidades que hacia sufrir al Santo obispo en la prision, cada dia estaba mas constante en la fé, resolvió mandarlo al gobernador que residia en Savaria para que él lo juzgase. Condujéronlo encadenado por todas las ciudades de la provincia que estaban á lo largo del Danubio; y aunque en el camino encontraron al gobernador que volvia de Escarabante, dispuso éste prosiguiese su viaje hasta el lugar á que iba consignado, por ser allí el de su residencia. Manifiést Dios lo agradable que le era su siervo; pues habiéndole presentado en uno de los lugares de su tránsito varias mugeres caritativas unos alimentos, compadecidas del estado de debilidad en que lo veian, al bendecirlos el Santo se le cayeron las cadenas; portento que llenó de asombro á todos los concurrentes.

Habiendo llegado á Savaria, fué llevado á la cárcel, hasta que á los pocos dias lo hizo presentar en su tribunal el gobernador, para imponerse de su proceso. Luego que entendió que toda la causa se versaba sobre su profesion de cristiano, se propuso con alhagos, con promesas y aun con amenazas el hacerlo variar de creencia y ofrecer incienso á los ídolos; pero mirando la inutilidad de todos los medios que empleaba para vencerlo, lo condenó á ser arrojado al rio que pasa por las inmediaciones de esa ciudad, atado á una piedra de molino.

Acudió innumerable pueblo á presenciar la sentencia; pero á la